



ACTO SEGUNDO.

ESCENA I.

COLASA.

Al arma, pues, que tenemos
nuestro moro ya en campaña;
y su porte y su presencia
son, á la verdad, gallardas.
Pero á mí ¿qué se me dá?
¡Por cierto que es de importancia
el papel que se me ha dado!
¡Qué iusulsez! ¡Ay! si me enfadan
les he de pedir á gritos
me pongan una mordaza;
porque si no . . . ¡qué sé yo!
mala es la fruta vedada
para las hijas de Adan;
y á fe que hay muchas manzanas.

¡Callar yo! Si sueño á gritos,
como despierta. ¡qué rabial
porque charlar me dejasen,
les diera ahora mi soldada
de este mes. Luego este novio
es fuerza traiga una gana
de conversación. . . . cual todos.
Querrá hacerme la confianza
de su pasión, los temores
que le asustan, la esperanza
que le anima, sus deseos,
sus sacrificios, sus ansias,
con toda la letanía
que rczan los que se casan,
sin conocer del oficio
las quiebras. . . . y yo ¿una estatua
estaré sin responderle,
ni tomar si me regala?
No haré tal por vida mía.
Ya suben: vamos, Colasa,
ojo alerta, y no digamos
nada que conmigo valga;
y pueda comprometer;
pero sí, medias palabras;
y aun enteras, siempre que
sean palabras cortesananas;
pues dicen son muy lucidas,
y de muy poca sustancia.

ESCENA II.

D. SEVERO, GASPAS Y DICHA

D. SEVERO.

Lo dicho, dicho, Gaspar. [*á Gaspar.*]
Niña ¿es²vd. de la casa? [*á Colasa.*]

COLASA.

Si señor, soy la doncella
que hay en ella.

D. SEVERO.

Pues bien, haga
Ud., si gusta, el favor
de anunciarle mi llegada.

COLASA.

¿A quién?

D. SEVERO.

A su amo de vd.

COLASA.

¿No más?

D. SEVERO.

¿Y qué más?

COLASA.

No gasta [*ap.*]
el hombre mucha saliva.
Si las señas bo me engañan,
no me costará ya tanto
callar, como imaginaba.

ESCENA III.

D. SEVERO Y GASPAR.

D. SEVERO.

Y bien, ¿por qué te detienes?

GASPAR.

Señor, por santa Susana bendita; vd. reflexione, que yo....si....

D. SEVERO.

En vano te cansas, toma tu muleta y busca otro amo.

GASPAR.

Pero....

D. SEVERO.

Excusadas, para genios como el mío, son todas esas plegarias. Marcha.

GASPAR.

Diez años comí pan de Ud. y así se pagan....

D. SEVERO.

Nada te debo.

GASPAR.

Cariño.

D. SEVERO.

El que sirve mal, poco ama al dueño que le mantiene.

GASPAR.

En fin, señor, ¿una falta sólo en diez años merece que Ud, me eche de su casa?

D. SEVERO.

Quien hace un cesto hace ciento.

GASPAR.

¿Y que hice yo para tanta crueldad?

D. SEVERO.

Una bagatela: á la primera jornada volverte y dejarme solo sin avisarme.

GASPAR.

La causa la sabe usted.

D. SEVERO.

Y es muy justa. ¡Qué! Dejarme en la estacada, por una mujer....

GASPAR.

No hay tal, y yo no soy tan batata,

que por mujeres faltase
á mi obligación.

D. SEVERO.

Repara
en que me dijiste anoche
lo contrario.

GASPAR.

¿Yo?

D. SEVERO.

Tú.

GASPAR.

Flaca
memoria tiene Ud.

D. SEVERO.

¡Cómo!

¿Con que no fué por Olalla,
la chica del Sacamuelas
por quien volviste?

GASPAR.

¡Caramba!

¿Pude acaso, despedirme
antes de ella?

D. SEVERO.

¡Habrà tal mandria!

¿Con que fué por ella?

GASPAR.

Si.

D. SEVERO.

¿Y Olalla no tiene faldas?

GASPAR.

Si tiene; pero es mi novia,
y hay muchísima distancia
de una cosa á otra.

D. SEVERO.

¡Por vidad!

Ya mi paciencia se acaba.
¿No es lo mismo una mujer
que una novia?

GASPAR.

Vaya

¿con que es lo mismo?

D. SEVERO.

Si tal.

GASPAR.

¿Y se aman lo mismo?

D. SEVERO.

¡Vanas
sutilezas! Salte afuera.

GASPAR.

¿Y se aman lo mismo?

D. SEVERO

Marcha,

te digo.

GASPAR.

¿A que no responde?
¡Oh razón, lo que tu alcanzas
pues reduces al silencio;
à los mismos que nos pagan
pero por si acaso, voy
á implorar con eficacia
el favor de D. Fermín;
que tal vez podrán mis lágrimas
enterencerle: él es suegro..
pero es hombre y tiene entrañas.

ESCENA IV.*

D. SEVERO *solo*.

D. SEVERO.

Bueno fuera pese á tal
que así al deber se faltase,
y uno luego se escudase
con la causa de su mal:
no, señor; el criminal
cuando halaga su cadena,
á sí mismo se condena,
y pues no tiene disculpa,
ya que cometió la culpa;
que sufra también la pena.
El alazán corredor
halta incómoda barrera
que le corta su carrera,

(*) Toda esta escena se suprimió en la representación por parecer demasiado larga la comedia.

que inutiliza su ardor:
brama al verla de furor,
tasca el freno, su atrevida
mano hiera la endurecida
tierra; pero él se detiene,
y su ginete previene,
por si acaso espuela y brida
Asímismo la pasión
también encuentra barreras.
que establecieron severas
ya la ley, ya la razón;
que una vez á la opinión
ó al capricho se permita
despreciar lo que limita
nuestro humano desenfreno,
y si hallasen hombre bueno
pueden ponerle en su ermita.
La iadulencia es flojedad,
la tolerancia simpleza,
que indican mucha torpeza,
ó mucha necesidad.
Yo lo digo con verdad,
compadezco al desgraciado;
pero si encuentro un culpado
por criminal ó por necio,
le doy sólo mi desprecio,
y sale muy bien librado.

ESCENA V.

D. CARLOS Y DICHO.

D. CARLOS.

¡Severo!

D. SEVERO.

¡Carlos!

D. CARLOS.

¡Por vida
de sanes! abraza, abraza.
¿Cómo estás?

D. SEVERO.

Como quien viene
á realizar la esperanza
de su dicha. ¿Y tú?

D. CARLOS.

Más gordo
que un necio.

D. SEVERO.

¿Y tu buen padre?

D. CARLOS.

Anda
con el cachicán á vueltas:
ya vendrá. Qué ¿por Tomasa
no me preguntas? Muy tibio
traes el cariño.

D. SEVERO.

Esperaba,
si te he de decir verdrd,
que su vista me excusara
tal pregunta.

D. CARLOS.

Pues no, amigo,
porque la pobre muchacha
no puede estar en dos partes.

D. SEVERO.

¿Cómo?

D. CARLOS.

Desde la semana
pasada está en el convento
donde niña se educara.
Quiso hacer una novena
á santa Rita de Casia,
y fué fuerza darla gusto.

D. SEVERO.

Y ¿qué le pide á esa santa
abogada de imposibles?

D. CARLOS.

¿Qué se yo? Pero apostara
á que pide un buen marido;
que una mujer no repara
en gollerías.

D. SEVERO.

Según veo,
tú siempre el mismo humor gastas,

y á fe que bien te lo envidio.

D. CARLOS.

¿Qué se ha de hacer? No se saca
otra cosa de esta vida.
Para eso el tuyo no cambia,
Siempre serio y circunspecto.
¿No es verdad?

D. SEVERO.

Sí es que tú llamas
seriedad á no gustar
de juveniles borrascas,
ni de locos devaneos,
verdad es.

D. CARLOS.

Homber, ¡qué guapa
pareja hicieras con Flora!

D. SEVERO.

¿Con quién?

D. CARLOS.

Con Flora.

D. SEVERO.

Y esa dama
¿quién es?

D. CARLOS.

Mi novia.

D. SEVERO.

¡Tu novial

D. CARLOS.

La misma; pues qué, ¿mi hermana
sola ha de ser quien se case?

D. SEVERO.

No por cierto, y si lograras
buena elección, bien hicieras.

D. CARLOS.

¡Oh! lo que es eso extremada,
pues la joven es preciosa.
No merezco descalzarla,
ya ves, y no soy del todo
mal pellejo.

D. SEVERO

Tú la ensalzas
sobremanera.

D. CARLOS.

Es justicia.

Lo que es de la Iglesia al Papa,
y no más. En fin, tú pronto
podrás, si quieres, juzgarla,
que no está lejos.

D. SEVERO.

¿Pues donde?

D. CARLOS.

La tienes dentro de casa.
Si es parienta nuestra, y tuya
lo será luego.

D. SEVERO.

Ignoraba
que tal parienta tuvieses.

D. CARLOS.

¡Jesús! Pues la fecha es rancia.
¿No te acuerdas de mi tío
D. Sempronio de Peralta,
que siendo oidor de Sevilla,
pasó luego á la otra banda,
y allí murió?

D. SEVERO.

No me acuerdo
de tal D. Sempronio.

D. CARLOS.

¡Vaya!
¿Con que no te acuerdas?

D. SEVERO.

No.

D. CARLOS.

Lo siento.

D. SEVERO.

Haces muy mal.

D. CARLOS.

Lástima
como ella... morirse el pobre
apenas pasó la charca,
y antes de hacer pacotilla,
dejando sólo á su amada

Florita por dote un loro,
un coco vacío, dos cajas
de azúcar, cien apellidos,
y muchos miles de trampas.

D. SEVERO.

¡Rica herencia de un indiano!

D. CARLOS.

Pero padre que idolatra,
como buen navarro, á todos
sus parientes, pronto á casa
la trajo, donde dispuso
casarme con ella, y trata
de que mi boda y la tuya
se celebren juntas.

D. SEVERO.

¡Cuánta

no debe ser tu alegría,
oh Carlos, con la fundada
esperanza de que pronto
harás feliz á tu amada!
Ella, sin duda, te quiere
y congenia, y].....

D. CARLOS.

Tú desbarras.

Ni ella me quiere, ni es fácil
el hallar en media España
dos genios más encontrados
que los nuestros

D. SEVERO.

¿Y te casas?

D. CARLOS.

Sí.

D. SEVERO.

Pero ¿tienes certeza
que no te quiere?

D. CARLOS.

En mis barbas
ella misma me lo ha dicho.

D. SEVERO.

¿Y te casas?

D. CARLOS.

Sí

D. SEVERO.

¡Caramba,

y qué valor!

D. CARLOS.

Si ha de ser,
lo mismo es hoy que mañana.
Padre exige que me case,
yo no tengo repugnancia
al estado.....

D. SEVERO.

Ya lo veo.

D. CARLOS.

Además, he visto tantas
que me juraban cariño,

y entonces me la pegaban,
que ¿quién sabe si mi Flora
tendrá al fin, la extravagancia
de adorarme? Ella es mujer....
y yo soy hombre.

D. SEVERO.

Mil gracias
por la noticia.

D. CARLOS.

Pues mira,
en estas dos circunstancias
y con la ayuda del tiempo
fundo toda mi esperanza.
La posesión y el amor
riñen pronto, se separan,
y cuando más, la amistad
suele ser quien los reemplaza.
Así, supuesto que todos
tarde ó temprano se igualan,
es fuerza que me concedas
llevo á todos la ventaja
de empezar por donde siempre
ellos concluyen.

D. SEVERO.

¡Qué gangal!

D. CARLOS.

Yo me caso como juego:
pienso perder cuantas cartas
apunto, las pierdo, ¡bueno!
otra cosa no esperaba.

Pero si se dan los sietes
me trago banquero y banca;
que sólo soy jugador
de bonitas, y quien gana
con ellas, gana dos veces
si logra provecho y fama.

D. SEVERO.

Si tal concepto tuviese
del bello sexo, me ahorcaba
primero que me casase.
Qué, ¿que yo mismo arriesgara
al capricho de un buen dado
mi dicha, la de mi casa,
la de mis hijos... ¡Oh! nunca,
nunca jamás me casara
si tal creyese. Yo busco
para mi esposa en tu hermana
una mujer cariñosa,
amable, fiel, moderada;
una madre de familias
en el cumplimiento exacta
de los inmensos deberes
de su estado; una apreciada
amiga, cuyo consejo
me dirija, y cuyo sana
doctrina pueda servirme
de norte; por fin, una ama
de casa, que cuidadosa
sepa dar á tanta máquina
el impulso conveniente,
Esto busco,

D. CARLOS

Díme, ¿y si hallas
en vez del melón que buscas
una insulsa calabaza;
qué tal?

D. SEVERO.

Se indigestaría.

D. CARLOS.

Pues por si fuesen mal dadas
compra jarabe de altea,
y tenlo á mauo.

D. SEVERO.

¡Qué gracia!

D. CARLOS.

Según eso: ¡tú no apruebas
mi elección!

D. SEVERO.

¿Quién: yo aprobarla?
ni por pienso.

D. CARLOS.

Pues, Severo,
si supieras lo que falta.....

D. SEVERO.

Pero hombre ¿qué faltar puede?

D. CARLOS.

No es tampoco una cosaza
del otro; ¡jueves: simplezas,

001950

ó si tú quieres niñadas
de mi novia.

D. SEVERO.

Y bien, tu novia....

D. CARLOS.

Mi novia está enamorada

D. SEVERO.

¿De tí?

D. CARLOS.

No por cierto.

D. SEVERO.

Alabo
a frescura.

D. CARLOS.

¿Importa nada?

D. SEVERO.

Nada, pues tú te conformas.

D. CARLOS.

¿Y quieres que me asustara
de una simple niñería?

No por cierto. Flora estaba
por San Fermín en Pamplona....

D. SEVERO.

¿Este año?

D. CARLOS.

Sí, este año.

D. SEVERO.

¡Calla!

y yo también: sigue, sigue.

D. CARLOS.

Allí en la calla, en la plaza
de toros, ó en el paseo,
(no sé bien donde se hallaba)
pero lo cierto es que vió
un hombre, cuya bizarra
presencia, cuya finura
y porte la enamorara.
Desde entonces tan galán
Belianis no se separa
ni un instante de su idea,
y le ha jurado constancia
eterna, bien que mental,
y un si es ó no es temeraria;
porque ni sabe su uombre,
ni su estado, ni su estancia,
ni su genio, ni siquiera
si él echó de ver la llama
amorosa que encendió
su simple vista en mi amada.

D. SEVERO.

¡Extraño caso!

D. CARLOS.

Antes no:

si no le habló una palabra,
en su vida ¿cómo diablos
puede saberlo?

D. SEVERO.

Me pasma
semejante idolatría.

D. CARLOS.

Y ahora bien, ¿es cosa extraña
no tema yo tal rival?

D. SEVERO.

No es temible, mas repara
que este hecho, sin embargo,
siempre indica que exaltada
y novelesca tu Flora
es un poco estrafalaria.
¿En qué cabeza, dí Carlos,
que esté un poco organizada
puede caber tal amor?

D. CARLOS.

En la de mi Flora se halla:
¡ha leído tanta novela!.....

D. SEVERO.

¡Malo!

D. CARLOS.

¡Ah! no: me equivocaba.
Nunca gustó de novelas;
pero es muy aficionada
á los librotos de historia.

D. SEVERO.

Eso es distinto.

D. CARLOS.

Se pasa
las noches de claro en claro
leyendo á nuestro Mariana,
cuando no son los anales
de Tácito ó la Farsalia.

D. SEVERO.

¡Ola! ¿Pues sabrá latín?

D. CARLOS.

¿Latín?

D. SEVERO.

Pues.

D. CARLOS.

Si sabrá, vaya
al menos el que sabían
las madres de santa Clara
cuando estuvo en su convento.

D. SEVERO.

¿Luego estuvo con Tomasa?

D. CARLOS.

Precisamente. Si son
uña y carne.

D. FERMIN.

¿Carlos? *(desde adentro.)*

D. CARLOS.

¡Gracias *(aparte.)*

á Dios, que ya no podía
mentir más! Mi padre llama,

y es fuerza ver lo que ordena:
mas ya sale.

ESCENA VI.

D. FERMIN, D. PEDRO Y DICHOS.

D. SEVERO.

Ya tardaba
á mi impaciencia, señor,
la hora tan afortunada
de estrecharos en mis brazos,

D. FERMIN.

Apriete Ud. buena alhaja,
que bien tiene que apretar,
si á fuerza de brazos trata
de pagarme mi cuidado.
¿Es hoy lunes?

D. SEVERO.

Mi tardanza
fuera en verdad reprehensible,
á no ser involuntaria.

D. FERMIN.

Ya es Ud. buen perillán.
Anoche eran las diez dadas,
y espera que espera; sí,
no eran malas esperanzas.
El guisado se pegó,
y no es extraño, que estaba
cociendo desde las cinco:

hasta la maldita gata,
para entretener el hambre,
afianzó una capón, que daba
envidia: no hubo remedio,
todo lo llevó la trampa;
y gracias á las gallinas,
y á que jamás huevos faltan
en casa, porque si no
la cena fuera ensalada
muy fresca y muy picadita,
pero de endeble substancia
para estómagos navarros.

D. SEVERO.

¡Cuánto me pesa!

D. FERMIN.

Desgracias
como las de anoche, nunca,
nunca se vieron en casa.
La criada medio dormida
se cayó de la colada
en la caldera, y allí estuvo
un cuarto de hora.

D. SEVERO.

¡Muchacha
infeliz! Se cocería.

D. FERMIN.

No, porque estaba sin agua
casualmente, mas con todo
se tizó manos y cara.

D. CARLOS.

Y el susto tambien se cuenta.

D. PEDRO.

Si en ello Ud. no se enfada
dejarlo para otro día,
y sepamos por qué causa
este caballero pudo
detenerse.

D. SEVERO.

Fueron faltas
de un criado, que no merecen
vuestra atención.

D. FERMIN.

¡Calla, calla!

Olvidado se me había:
¡pobre Gaspar! con la zambra
de anoche está mi cabeza
como una cesta de ranas.

D. SEVERO.

¿Conoce Ud. á Gaspar?

D. FERMIN.

El pobre cuitado acaba
de hablar conmigo.

D. SEVERO.

¿Y ha tenido
la osadía....?

D. FERMIN.

¿Es menester tanta
cuando se pide perdón?

Vaya, que vuelva á tu gracia,
y pelitos á la mar.

D. SEVERO.

Yo quisiera que empleara
Ud. mejor mi obediencia.

D. FERMIN.

Si le he dado mi palabra
¿no es fuerza que se la cumpla?

D. SEVERO.

Repáre Ud.

D. FERMIN.

No repara
en nada mi caridad.
Si al caído no se levanta,
sólo porque tropezar
no ha debido, ¿quién pasara
por las calles?

D. SEVERO.

Yo no soy
de ese parecer. El que anda
debe saber como pisa,
y si tropieza, que caiga
enhorabuena; pues torpe
el equilibrio no guarda.

D. FERMIN.

¿Y no le he dar la mano?

D. SEVERO.

No, señor, que si trabaja
por levantarse; si suda

por lograrlo; si se afana;
esta fatiga, este empeño
dejan recuerdos que bastan
muchas veces para que
pueda evitar otras faltas
iguales; mas si al contrario
se le ayuda, y se le halaga,
lo toma por chiste, y cae
diez veces cada semana.

D. FERMIN.

Nunca entendí semejantes
filosofías. La cristiana
religión de mis abuelos,
que ayude al caído me manda
y no más. ¿Es cierto?

D. PEDRO.

Cierto.

*La ley castiga las faltas,
Y el hombre las compadece.*

D. FERMIN.

Por supuesto.

D. SEVERO.

¡Que ignorancia! [*aparte*].

D. FERMIN.

Así, pues, con tu permiso
me marcho á que Gaspar salga
de dudas.

D. SEVERO.

Perdone Ud.:
mi conducta es arreglada
á mis principios. Jamás
me separo de la raya
del deber; y por lo tanto
Gaspar saldrá de mi casa.

D. FERMIN.

¿Esto dices?

D. SEVERO.

Esto digo.

D. FERMIN.

Pues amigo, quien desaira
antes de casarse al suegro,
casado le descalabra
cuando menos, y en verdad
que esta entrada de pavana
me gusta muy poco.

ESCENA VII.

DOÑA TOMASA Y DICHOS.

DOÑA TOMASA.

Tío,
¿se echa vinagre á la salsa
del pato? ¡Ay, Jesús mil veces!

D. CARLOS

¿Qué te asusta?

D. FERMIN.

Alguna rata,
sin duda, que se pasea,
según costumbre.

DOÑA TOMASA.

¿Me engaña
el deseo? ¿Sois vós señor? (*á D. Sev.*)

D. SEVERO.

Y yo ¿qué soy?

DOÑA TOMASA.

Nada, nada.

Perdonad mi fantasía
si... cuando... ¡el cielo me valga!

D. FERMIN.

Desmayóse

D. PEDRO.

Sostenedla.

D. SEVERO.

No sé lo que por mi pasa. (*aparte*)

D. FERMIN.

D. Severo, ¿qué es aquesto?

D. SEVERO.

Yo ¿qué sé?

D. FERMIN.

Si habrá entruchada.

D. PEDRO.

Un poco de éther sería
muy bueno.

D. CARLOS.

No tal, echadla
agua fresca solamente.

D. FERMIN.

Sí que después calaguala
la daremos para el susto
que D. Severo la causa.

D. SEVERO.

Pero ¿en qué asustarla puedo?

D. PEDRO.

Ya vuelve en sí.

D. CARLOS.

Albricias, alma.

D. FERMIN.

Hija mía, digo, sobrina,
responde por Dios. Palabra, (*á Pedro*
¿Cómo se llama hoy la chica? *aparte.*)

D. PEDRO.

Flora.

D. FERMIN.

¡Ah! si... Flora, muchacha,
vuelve en tí.

DOÑA TOMASA.

¡Ay Dios!

D. FERMIN.

D. SEVERO,

si Flora en Ud. repara
quizá vuelva á desmayarse:
háganos Ud. la gracia
de separarse un poquito,
un poco más... á la espalda
de nuestro alcalde.

D. SEVERO.

Paciencia. *ap.*
y veamos en lo que para.

DOÑA TOMASA.

¿Dónde estoy?

D. CARLOS.

En el estrado.

DOÑA TOMASA.

¿Quién son, pues, estas fantasmas
que me rodean?

D. CARLOS.

Son tu tío,
un primo que te idolatra,
con el alcalde mayor;
y en fin, nuestro don....

D. FERMIN.

¡Carambas!
¿qué es lo que vas á decir?

D. CARLOS.

Es verdad.

D. FERMIN.

¿Quieres matarla?

D. SEVERO.

Pues señor, estamos frescos: (*ap.*)
no hay duda que es de una extraña
brillantez el papelito
que represento en la casa.

DOÑA TOMASA.

Permitid que me retire.

D. PEDRO.

Sí, es mejor: Carlos, llevadla,
conducid á vuestra prima.

D. FERMIN.

Que se eche sobre la cama
si no quiere desnudarse.

D. PEDRO.

Cuidado con las ventanas
y las puertas.

D. CARLOS.

Vamos, prima.

D. PEDRO.

Cubridla bien con las mantas.

ESCENA VIII.

D. SEVERO D. FERMIN. Y D. PEDRO.

D. FERMIN.

¡Pobre Flora, pobre Flora!
tan joven, tan desgraciada,
¡Señor! cuidado que es obra.

D. PEDRO.

Sosegaos.

D. FERMIN.

Se me traspasa
el corazón siempre que
sucede.

D. SEVERO.

Pues ¿se desmaya
muy á menudo?

D. PEDRO.

Padece
unos vapores....

D. FERMIN.

¡Mal hayan
los vapores! Nunca, nunca
he conocido en mi infancia
semejante enfermedad:
entonces sólo se usaban
indigestiones, viruelas,
golondrinos, almorranas,
y otros males conocidos;
pero ahora todo es de estrangia:
histérico, nervios, bilis,
flato ardiente y calabazas
fritas, y Dios me perdone;
porque me lleva la trampa,
notando que hasta el morir
ha de ser á uso de Francia.

D. PEDRO.

Es preciso seamos justos,
Una joven educada,
como se acostumbra hoy día,
es fuerza padezca varias
dolencias desconocidas
á sus madres, que ignoraban
por necesidad sus nombres:
verbigracia; una extremada
afición á la lectura,
muchas veces arrebatada
el calor á la cabeza,
y de ahí se siguen las bascas,
las jaquecas, los vapores,
y otros alifafes.

D. FERMIN.

¡Braba
dificultad! ¿Pues hay más
que no leer?

D. PEDRO.

Señor ¿qué dama
pudiera alternar entonces
en cuestiones literarias,
como hoy alternan?

D. FERMIN.

¿Qué importa?
Mi madre, que de Dios haya,
aunque no supo de letras,
siempre estuvo embarazada

ó parida! y esto es, amigo,
lo que ser madre se llama,

D. PEDRO.

¿Y quién puede disputar
á mi señora doña Ana
lo que ganar así supo?

D. FERMIN.

Además, ¿qué fruto sacan
con todas esas lecturas?

D. SEVERO.

Poco ó nada, si son malas:
si son buenas y escogidas
mucho; pues hallarán sana
doctrina, máximas puras.
ejemplos, modelos, sabias
instrucciones. . . .

D. FERMIN.

Y también
embelecos y patrañas.

D. SEVERO.

Con qué ¿ no hallará una jóven,
si lee la historia romana,
que aprender en la firmeza
de una Porcia, en la constancia
de una Lucrecia?

D. FERMIN.

Hombre, á luengas
tierras las mentiras largas.

Esas Porcias y Lucrecias,
si de cerca se miraran
se vieran, ni más ni menos,
como se ven hoy las Juanas,
las Pepas y las Franciscas.
En todo tiempo hubo gaitas,
Severo, y no nos cansemos.

D. SEVERO.

Eso es ya negar. . . .

D. FERMIN.

Yo nada
niégo; mas sí dudo.

D. SEVERO.

Pero. . . .

ESCENA IX.

COLASA Y DICHOS.

COLASA.

La cena.

D. FERMIN.

¡Santa palabra!

¿Y Flora?

COLASA.

Cena en su cuarto.

D. FERMIN.

¿Y Carlos?

COLASA.

Está en la sala
de comer.

D. FERMIN.

Y diga Vd. (*á D. Sev.*)
¿doña Lucrecia cenaba?

D. SEVERO.

Es natural.

D. FERMIN.

Pues entonces,
cenemos todos, que tarda
á mi estómago este instante.

D. SEVERO.

¡Ay don Fermín! me olvidaba
de entregaros un dinero,
que me dieron en Tafalla
para vos.

D. FERMIN.

Ya me lo avisa
don Jaime: tiempo hay mañana.

D. SEVERO.

Aquí lo tengo yo en oro.

D. FERMIN.

Pues no quiero: ¡hay tal machaca!
vamos, vamos á cenar.

D. SEVERO.

Vamos pues, ¡cosa más rara!
¿Por qué se habrá desmayado?
No puedo dar con la causa.



ACTO TERCERO.

— ESCENA I.

DOÑA TOMASA Y COLASA.

DOÑA TOMASA.

¡Qué larguísima es la cena!

COLASA.

Y ¿cuándo el tiempo no tarda
para el hambriento que aguarda?

DOÑA TOMASA.

La consecuencia no es buena;
pues tú sabes que he cenado.

COLASA.

Pero os queda el apetito
de que caiga en el garlito
ese novio desdichado.